

ideas, ideas que han de imponerse por la educación o por la armas. En la fotografía del cadáver exhumado de Antônio Conselheiro sobre el piso árido del sertón podemos ver no solo la antífrasis del retrato del emperador en su jardín de invierno tropical (como, de cierto modo, sugiere la autora), sino también la insurrección fantasmagórica de este líder que, como descubre Euclides da Cunha, no resulta únicamente de la alianza entre la “resistencia” monárquica y el misticismo popular, sino que brota de las fuerzas tectónicas que moldearon la tierra que fue su cuna. El reverso del rey desenraizado de su trono (raíces que perdió sin nunca haberlas tenido, de allí la necesidad paisajística y fotográfica del jardín) es este Conselheiro, desenterrado para ser fotografiado. Su retorno a la superficie preuncia los fantasmas que reiteradamente atemorizarán al Brasil del siglo XX. Tornar más evidente el peso de la fotografía en la construcción de ese legado es, sin duda, el gran mérito de este libro.

MAURICIO LISSOVSKY

Universidade Federal de Rio de Janeiro

MORAÑA, MABEL. *Arguedas/Vargas Llosa: dilemas y ensamblajes*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2013. 314 pp.

Los aportes de Mabel Moraña son ampliamente conocidos en el campo de los estudios culturales latinoamericanos. Sus reflexiones dialogan con las teorías poscoloniales y andinistas y sus preocupaciones giran en torno a las dinámicas de modernización en América Latina. Su último libro sigue también esas líneas: en *Arguedas/Vargas Llosa*, Moraña realiza un estudio comparativo de las narrativas e intervenciones políticas de ambos escritores. Así, Mario Vargas Llosa se sitúa como el intelectual neoliberal que ha capitalizado su literatura dentro de los cánones occidentales, como representante del saber moderno que, en su obsesión universalista, deslegitima la existencia de saberes otros. José María Arguedas, por su parte, se ubica en la frontera de lo occidental, representando la “diferencia” que se produce a partir del encuentro entre el avance de la modernidad y la resistencia de las tradiciones locales.

El análisis se desarrolla en siete capítulos. En el primero, titulado “Arguedas y Vargas Llosa o los dilemas del intelectual modélico”, se encuentran las propuestas fundamentales del libro. En ese sentido, se podría argüir que este capítulo funciona también como una introducción. Moraña comienza describiendo los derroteros políticos y literarios de Vargas Llosa, resalta su ruptura con la izquierda latinoamericana (1971) y su giro ideológico hacia la derecha. La autora destaca que Vargas Llosa revive —en su discurso y en su narrativa— la idea de la existencia de una

lucha entre civilización y barbarie en América Latina. Para sostener esto, Moraña analiza el informe que Vargas Llosa escribió en 1983 sobre una masacre producida en ese año en el pueblo peruano de Uchuraccay, donde un grupo de indígenas asesinó a ocho periodistas capitalinos. Según la autora, en el informe —y también en novelas como *La guerra del fin del mundo* (1981) o *Lituma en los Andes* (1993)— Vargas Llosa promueve una visión reduccionista de la realidad cultural latinoamericana, ya que se limita a presentar a los indígenas como seres bárbaros y no es capaz de percibir la “otredad” en toda su dimensión. Por otro lado, la posición desde la que enuncia Arguedas parece ser distinta: Moraña argumenta que su producción exhibe los síntomas de una modernización autoritaria y excluyente. Arguedas —dice la autora— representa la “reivindicación del margen como espacio de resistencia y privilegio epistemológico, en la medida en que este espacio articula saberes alternativos” (24). De ese modo, Moraña concibe a Arguedas como un intelectual que se enfrenta al dilema de su tiempo y se sitúa en la frontera. Toma el concepto del reciente libro de Gayatri Spivak: *An Aesthetic Education in the Era of Globalization* (2012), donde el dilema radica en posicionarse frente a “dos direcciones posibles pero contrarias de acción y pensamiento” (17). En ese sentido, lo sugerente aquí es que Moraña considera la producción arguediana como un evento que se adelanta a las discusiones poscoloniales de las últimas décadas. Al mismo tiempo, la autora revaloriza los estudios andinistas y sostiene que estos —con conceptos como el de heterogeneidad de Antonio Cornejo Polar o el de transculturación narrativa propuesto por Ángel Rama— también han venido ocupándose desde hace mucho tiempo de estos dilemas que plantea la modernidad y han seguido así una agenda propiamente latinoamericana.

“El arcaísmo como significado flotante” es el título del segundo capítulo. El “arcaísmo” es un concepto que ha adquirido resonancia en los estudios andinistas desde la publicación de *La utopía arcaica* (1996), donde Vargas Llosa señala que la literatura arguediana es anacrónica y carece de técnicas modernas. El objetivo de Vargas Llosa —según Moraña— es situar la figura de Arguedas en el espacio de lo primitivo. En contra de eso, la autora sostiene que la poética arguediana está muy lejos de ser arcaica, pues no propone evitar el avance de la modernidad; lo que hace es explorar alternativas para que las culturas locales acepten la modernidad “sin perder el alma”, manteniendo la “diferencia”.

Los capítulos tres y cuatro giran en torno a una misma problemática: “La lengua como campo de batalla (I): el dilema del signo” y “La lengua como campo de batalla (II): el narcisismo de la voz”. En primer lugar, Moraña señala que uno de los dilemas iniciales a los que se enfrentó Arguedas se planteó en relación con el lenguaje occidental. Él quería expresarse en quechua pero debía escribir en castellano, entonces comienza inventando un lenguaje especial: utiliza el español pero con ritmos y estructuras propios del quechua. Esa pugna entre el quechua y el

español, sin embargo, es solo un síntoma de un encuentro mayor, de un conflicto cultural entre el mundo indígena y el mundo moderno. Para Moraña, este conflicto se hace más evidente en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), cuya estructura rompe con las reglas occidentales de la novela como género. El caos narrativo que aparenta la novela, dice la autora, representa el nuevo “(des)orden mundial del capitalismo transnacional que no puede integrar pacífica o armoniosamente los componentes ya existentes” (122). En *El zorro . . .*, entonces, la “diferencia” salta por todas partes, “diferencia” que el discurso modernizador de Occidente se niega a ver, mientras plantea en cambio la idea engañosa de una modernidad homogeneizadora y pacífica. Así como Vargas Llosa no puede entender *El zorro . . .*, las ciencias sociales tampoco comprenden otra de las novelas de Arguedas: *Todas las sangres* (1964). Moraña se refiere a la mesa redonda que se llevó a cabo en Lima en 1965 y tuvo como tema central ese libro, donde cinco científicos sociales peruanos atacaron a Arguedas sosteniendo que su novela no era fiel a la realidad que quería representar. Moraña afirma que, desde la lógica de aquellos académicos, era imposible analizar una novela que “trabaja al mismo tiempo con diversas temporalidades, produciendo una representación caleidoscópica de la realidad andina” (113). Mientras tanto, en la narrativa de Vargas Llosa todo parece ser más ordenado y lógico. La autora se centra principalmente en el análisis de *El hablador* (1987), donde —según Moraña— la hegemonía del saber occidental es indiscutible y el saber “otro” solo aparece como decorativo. Con este enfoque, se establece un orden que obedece a la lógica modernizadora; así se entiende que *El hablador* refuerce la idea de una inferioridad e inutilidad de los discursos “primitivos” o “arcaicos” frente a la epistemología dominante.

El quinto capítulo, “Hacia una poética del cambio social”, se refiere a la figura política de Arguedas y se puede leer en diálogo con el sexto: “¿Cuál verdad? Otredad y melodrama en Vargas Llosa”. En estos capítulos, Moraña examina el accionar político de ambos narradores. Por un lado, Vargas Llosa ha enunciado abiertamente y en incontables oportunidades su postura política y, además, ha sido candidato presidencial en el Perú (1990). Todo eso ha facilitado una mayor recepción de sus proyectos ideológicos. Por otro lado, Arguedas no ha sido igual de elocuente en la elaboración de discursos políticos, sino todo lo contrario. Sin embargo, a través del cuidadoso análisis de sus escritos y sus intervenciones públicas, Moraña reconoce un proyecto descolonizador: una ideología política que busca promover un encuentro dialéctico entre desarrollismo y andinismo, porque de la “posible síntesis de ambas podía llegar a surgir una modernización capaz de salvar los elementos propios de la cultura indígena sin sustraerla del proceso histórico de incorporación a la modernidad” (174). Al mismo tiempo, en el proyecto político de Vargas Llosa, Moraña reconoce una visión universalista que borra toda discrepancia que brota tras la “cortina de humo” que impone la modernidad. De

esta manera se puede entender por qué Moraña también lee las obras de Vargas Llosa en clave melodramática, ya que la autora señala la presencia de la farsa en esa narrativa. Una farsa que, como la modernidad misma, esconde y borra la verdad que existe detrás.

Finalmente, si el primer capítulo sirve también como introducción, el último proporciona una conclusión a través de un notable análisis comparativo entre la muerte de Arguedas y el Premio Nobel para Vargas Llosa. El suicidio de Arguedas (1969), como su obra, evidenciaría lo irresuelto, el dilema, la diferencia; Vargas Llosa, con el Premio Nobel (2010), ratificaría su inserción en el aparato occidental y la epistemología dominante.

Para terminar, considero que *Arguedas/ Vargas Llosa* constituye un aporte fundamental en los estudios latinoamericanos contemporáneos. Este libro llena un vacío: hasta ahora, las comparaciones entre las estéticas y las ideologías políticas de ambos escritores habían sido recurrentes, pero siempre dispersas y breves. Con sus indagaciones en torno a los posicionamientos estéticos e ideológicos de Arguedas y Vargas Llosa frente a la modernidad latinoamericana, Moraña le ha dado unidad y coherencia a un tema cuyo estudio permanecía pendiente en los estudios latinoamericanos.

JACK MARTÍNEZ ARIAS
Northwestern University

BARNARD, MARY E., AND FREDERICK A. DE ARMAS, EDS. *Objects of Culture in the Literature of Imperial Spain*. Toronto: U of Toronto P, 2013. xxi + 326 pp.

The consumption and display of luxurious objects to establish personal and sociopolitical cultural hierarchies in the early modern period surpassed all historical precedents. In flagrant disregard for the *topos* of *vanitas*, well-chosen material possessions—then as now—served as markers of vaguely “spiritual” riches, such as intellectual curiosity, erudition, and taste. The elegantly written introduction to this collection of essays, which the editors propose as a kind of *Wunderkammer*, establishes further relevance of material objects to the written word in a reflection on the book as itself a handled, symbolically charged, and cherished object. Each essay presents either a well-documented history of an element of material culture, or an example of suggestive reasoning that invites the reader to consider selected nonmaterial phenomena as objects on account of their particular function in a literary text.

Leading the first section of the book, “Objects of Luxury and Power,” Mary E.

Reproduced with permission of the copyright owner. Further reproduction prohibited without permission.